



Dónde viven los personajes de las novelas

Una mañana mientras estaba leyendo en un banco del parque frente a mi casa, alguien se sentó al otro extremo, no me giré para mirár ya que el banco era amplio, no se había acercado mucho a mí y, ¡qué caráy!, los bancos son para eso y además son públicos y permiten sentarse a varias personas a la vez, ya que síno, los harían más pequeños.

Pasaron varios minutos... y

—Escúcheme por favor.

Sé que usted es escritor. Soy fea, inteligente, desgraciada y leprosa, y necesito tener un hijo. No, no me mire, no se asuste, no me acercaré a usted, pero escúcheme por favor.

A la pobre mujer le habían informado mal. Escribo, pero no soy escritor y no sé de qué manera le podría ayudar. Si me buscaba a mí, por lo que pudiésemos escribir, poco poder tengo.

Había iniciado un giro hacia ella para mirarla, éste gesto, sólo me permitió ver la silueta de una mujer vestida de negro y medio de espaldas. Al decirme que no la mirara volví a mi posición mirando al frente. Ahora había dejado el libro sobre el banco y cruzado los brazos (una reacción muy típica en mí cuando estoy perplejo).

Lo que más atrajo mi atención de esa introducción por parte de ella, era lo de ser leprosa. Por qué me interesaba más lo de su enfermedad, que lo de tener un hijo, o lo de que ella me hubiese buscado a mí para relatarme su historia. Si bien tengo que reconocerlo, me pareció curioso el que una persona se defina como fea, como si eso fuese a aportar algo a mi interés en la situación.

En esos días yo estaba escribiendo algo sobre una mujer aquejada de esa bastante rara enfermedad, y ¡oh! casualidad, alguien sufriendola viene a contarme su situación. Demasiada, demasiada coincidencia. Y lo curioso es que contrariamente a otras veces, en este caso no había hablado con nadie, sobre que estuviere escribiendo algo relacionado con ese tema. Y que la protagonista fuese una mujer.

—Le escucho.

—Ahora que tengo su atención, quisiera decirle que soy la mujer leprosa del relato que usted está escribiendo... Nára. No la mujer en la que se basa su relato, que no sé si es real, o inventada, soy un personaje, su personaje, la mujer que usted ha creado o está creando y con trayectorias diferentes. Nára, usted lo sabrá vive o vivió, yo soy lo que usted escribe.

Calló, supongo que para darme tiempo para entender o asimilar que: o que era una buena broma o que, o que... pues la verdad no puede pensar ninguna

ótra opción. Miré a mi alrededor y no vi náda especial, nádie estába grabándo la escena.

—Continúe por favor.

—Sé que soy úna invención, que no exísto, que mi enfermedad no me duele, sálvo cuando usted coménta que me duele. No sufro al saber que su imaginación ha matádo a mi espóso, ya que sé que tódo está, sólo en su mente. Péro sí, siénto dolor cuando usted específicamente lo describe, cuando escribe y anóta: que yo sufro al ver su dolor, al ver a mi espóso ser degolládo. Usted no me ha hécho o inventádo como úna mujer feliz, que lo entiendo, soy su historia y puede imaginárla como quiera.

¡Péro los cámbios!, usted ha cambiádo mi vida tántas véces... a véces es sólo un pequeño detalle ortográfico que altera tódo, como cuando yo afirmo algo con rotundidad, y luégo usted al póco tiempo, añade unos símbolos de interrogación y me hace quedar perpléja ánte lo que en los instantes previos yo estába muy segura y ahóra lo estoy dudándo. Y a véces pára mi desespero, usted cámbia cosas de múcho caládo.

No sé, si los ótros personájes de su historia también sufren, no logro localizárlas, ni siquiera sé si han sido «creádos»... Y ésto me lleva a ótra pregunta metafísica: cuáles personájes son los creádos: ¿los bien escritos, los buenos, los que están en mayúsculas, los que ya se han impreso?, y cuando muéren... ¿muéren?

No lo sé, péro he venido a decirle que su historia, no es sólo su historia, es que además afecta también a sus personájes. En tiempos anteriores, un relato se escribía y ahí quedába, fíjo, y tódos los que trabajámos o habíamos sido creádos en él, pues nos habíamos acostumbrádo. Péro no con usted, con su manía de estar

retocando todo constantemente, mis sufrimientos son imprevisibles.

Usted disfruta escribiendo, pero somos nosotros en este caso los que sufrimos. He venido para proponerle un trato, tengo que reconocerlo su historia (la mía) me gusta mucho. Yo le voy a ayudar a escribirla mejor y más rápido, creo que la idea es buena. Pero a cambio de mi ayuda, necesito que me dé algo que es muy importante para mí.

—Si está en mis manos... —Me vi obligado a decir algo para no estar callado, claro.

—Quiero un hijo... lo necesito.

Usted ya escribió que yo tenía un hijo, pero con todo esto de la lepra, decidió que no lo tuviese, ¡malditos cambios que usted permanentemente hace! Demasiado tarde, me enamoré de él y deseo tenerlo. Y no me basta que invente un hijo, quiero que lo describa todo, desde el parto hasta cuando yo muera. Necesito sentirlo, necesito vivirlo, escríbalo, tiene que ser parte de la historia.

Usted piensa mucho en mí, y de cómo hacer la historia más interesante, soy su heroína, pero yo estoy con mí misma, mucho más tiempo y me conozco mejor que nadie, mucho mejor que usted mismo a pesar de haberme creado. Yo soy lo que usted escribe, pero cuando no está escribiendo yo sigo viviendo, haciendo mis cosas, que luego usted cambia, yo también tengo anécdotas, ideas, deseos, que puedo darle o compartir, y que a usted nunca llegarán a ocurrírsele, ni a pensar en ellos. No puedo cambiar lo que usted ha escrito, usted sí, y pero podemos mejorarlo. Sería una nueva visión de su historia.

Esto es lo que le ofrezco, a cambio de lo que le he pedido: hay en este universo un sitio en donde los

personájes creádos «viven», si ésa es la palabra corrécata a usár, y es de allí donde véngo yo. Es ótro múnido en donde residen las histórias iniciádas, las acabádas y las inacabádas, con personájes mil véces repetídos que en ése múnido se hácen amígos y que increíblemente inician ótras histórias. Hay más histórias en ése múnido que estréllas en el firmaménto. Pensé que le podría interesár encontrár ésa mína de relátos nuévos que no tíenen propietário, que núnca han sído escritas, que usted podría usár o incorporár a las súyas y que no tíenen deréchos de autór, o que nádie los reclamará.

Yo le puédo llevár allí, sé cómo entrár y salir y hacérlo pasár a usted no por un escritór, síno como un personáje. Me témo éso sí, que si descúbren que es usted un creadór de histórias, múchos no dudarían en matárle, o lo peór, obligárle a reescribí las histórias de tódos ésos personájes a la conveniécia del personáje que no está conténto con su papél, como no lo estóyo yo. Núnca saldría de allí, estaría prisionéro de por vída. Y si ésas histórias no le apasiónan, y sólo le interesa la de Nára, puéde ver cómo es mi múnido, el que yo me he creádo y que no lo ha escrito usted.

—¿Cómo me encontró?

—Pués no ha sído muy difícil, he ído mirádo los enláces que ha puésto en sus novelas, y en el priméro está su nómbre compléto, con éllo he encontrádo alguna fóto y ótros dátos como el có-e. Con su nómbre, me ha sído fácil el encontrár su dirección, teléfono etc.

Yo, como sé que usted núnca visitaría «la tierra de las histórias creádas», me he adelantádo, he lográdo salir y venir a su múnido.

¿Le interesa lo que le propóngo?

—Míre señóra: la he escuchádo con atención, interés y sorpréa. Péro está cláro que usted deséa algo de mí y yo no créo lo que me cuénta, si bién quisiéra que fuése réal ya que su história es apasionánte.

—Pués es muy fácil comprobárla, aquí viéne su vecíno, invítele a sentárse.

El amígo y vecíno que estába paseándo, se acercó al vérme sentádo, abrió la conversación sóbre el tíempo o cualquiér cósa que ni escuché por el nerviosísmo que tenía al vérlo venír y por parár e interrumpír la increíble situación en la que yo me encontrába.

Pára no aceptár sumísamente la proposición de la mujér y ofrecér al vecíno el sentárse como élla me indicába, símplemente le comenté, que si no le parecía ráro que con un tíempo tan buéno, hubiésen tan pócós visitántes en el párque. Pués sí, efectívamente me díjo, sólo usted y yo, sí, es un párque maravillóso y muy póco aprovechádo. Y se sentó jústo, en donde se sentába mi acompañánte.

Quedé paralizádo.

Debió notár mi póco interés por su compañía y hásta créo que entendió que su preséncia ése día no éra la más oportúna, acabó rápido lo que me estába contándo y se retiró.

La mujér había desaparecido.

* * *

Volví al día siguiénte y me senté en el mismo sítio, misma posición, créo que quedába bastánte clára mi intención... e invitación. La mujér se acercó. Vestído négro, no le podía ver su cára ya que llevába un vélo que se la ocultába.

Me levanté, estaba petrificado.

—Usted es la párca y viene a por mí —Exclamé horrorizado.

—No, soy Nára y vea que vengo sin guadáña. Si está listo a seguirme, piense..., del relato, ¿en qué parte desearía comenzar la visita? Y usando su sistema de enlaces, podremos saltar cuando queramos a cualquier parte de su historia.

—Y ahora que lo menciona, le puedo llevar a su: [la historia de una párca](#), un relato que me encantó, y me dió la idea de venir a hablarle. Créo que usted, con las correspondientes modificaciones, podría adaptar esta idea que le propongo para su cuento.

* * *